



Entrevista con **Roger Bartra**

Los ajolotes amenazan con volver al poder





Hace 25 años, Roger Bartra escribió un ensayo de enorme lucidez: usó al ajolote -nunca deja de ser una larva, vive eternamente en el subdesarrollo y aun así es capaz de reproducirse- como una metáfora de la identidad del mexicano.

Intelectual de izquierda, nunca ha abandonado su posición crítica: hacia el PRI, la derecha, Cuba, Nicaragua, el zapatismo, el neopopulismo priista de la izquierda. Por eso ha combatido al estereotipo de la identidad nacional -el nacionalismo revolucionario- que durante decenios ha mantenido a los mexicanos enjaulados y atados a un régimen autoritario.

Algo se ha avanzado, mucho más lentamente de lo que él quisiera, pero los hechos recientes lo han colocado en alerta: hay síntomas, dice, de que los ajolotes amenazan con regresar al poder. Con todo, cree que será algo coyuntural. "La tendencia a largo plazo es que avancemos hacia una cultura civilizatoria, moderna y cosmopolita, lejos del nacionalismo y el patriotismo". Con éstas y otras reflexiones sobre los jóvenes, el sociólogo arranca el 2012.

Por Patricia Vega patvega@m-x.com.mx
Fotografías: Christian Palma y Fondo de Cultura Económica

Hace 25 años el doctor en antropología y sociología Roger Bartra se encontraba redactando ***La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano***. Buscaba una idea que diera estructura a su ensayo y encontró la fórmula para explicar su tesis: usar al ajolote –un animal endémico del país, que nunca deja su estado de larva ni crece– como una metáfora de la identidad del mexicano.

Bartra estableció entonces la existencia de una relación muy directa entre las características de la identidad nacional y el autoritarismo del PRI, expresada a través del nacionalismo revolucionario.

Han pasado 25 años desde que Roger Bartra empezó a utilizar la metáfora del “axolote” (con x, como también se escribe y lo usa él en su libro). Ahora, un cuarto de siglo después, Bartra se siente muy contento de haber podido comprobar que una de las ideas centrales de su estudio sobre la identidad “axolótica” del mexicano se cumplió.

En sus propias palabras: “La identidad nacional –ese llamado carácter nacional del mexicano– se erosionó tan profundamente que fue uno de los principales motores que impulsó la transición democrática.

“De manera demasiado lenta, el PRI fue perdiendo legitimidad, perdiendo votos, perdiendo la posibilidad de manipulación. Y esto fue posible en buena medida debido a que esta cultura política ligada al ajolote –ese animal que queda detenido, incapaz de metamorfosearse y que vive eternamente en el subdesarrollo– retrocedió, sin duda”.

–Es como algo infantil, ¿no?

–El ajolote es eternamente infantil: es una larva de una salamandra, pero puede reproducirse. El régimen político mexicano era también la larva de una democracia reproducida como una larva que jamás se metamorfoseaba en democracia.

La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano es un libro muy crítico. Cuando se publicó, a mediados de la década de los ochenta, recuerda Bartra, “le sentó muy mal a muchísimos y fue marginado por casi todos los intelectuales y políticos de la época”. Por suerte, el ensayo no fue marginado por los lectores.

Muy pocos apoyaron las ideas de Roger Bartra en esa época. Lo consideraron, además, como “medio suicida” debido a que siempre ha sido visto con un aura de extranjero porque sus padres eran catalanes que huyeron del franquismo. “Les parecía, señala, una audacia que yo me metiese tan rudamente a criticar la identidad del mexicano”.

Sin embargo, lo que hizo Bartra fue justamente aprovechar la condición peculiar de ser hijo de exiliados. Nació, creció y cursó sus primeros estudios en México, pero también se formó en una cultura catalana, europea, y eso le dio la posibilidad de tener una perspectiva crítica poco usual en el país. Aunque le aconsejaron “no publicar esas cosas”, Bartra preparó el libro en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y una beca de la Fundación Guggenheim le permitió redactarlo entre 1986 y 1987.

Fue publicado inicialmente por la editorial Grijalbo y se convirtió en un ensayo clásico. Y ahora, un cuarto de siglo después, el investigador ha comprobado que “el mito del ajolote se ha erosionado, aunque recientemente hay síntomas de un retroceso”.

Bartra nunca pensó que un mito tan arraigado acabaría de la noche a la mañana, pues las dimensiones culturales de la política son de larga duración. “Incluso hay vaivenes y es posible –explica– que haya un cierto retroceso a un nacionalismo re-

volucionario, populista, vean tanto el auge del PRI como el de las corrientes populistas de la izquierda; pero creo que es algo relativamente coyuntural y que la tendencia a largo plazo es que avancemos hacia una cultura moderna y que abandonemos al ajolote como algo del pasado”.

–¿Qué hacer para convertirnos en una democracia plena? ¿Qué papel juegan los jóvenes que no son ni ajolotes ni salamandras?

–Tienen un lugar muy incómodo en el mundo. Sin embargo, una buena parte de esta gente joven –se podría hacer una estadística, dice– ya ha comprendido que esa unificación de carácter nacional, que la imposición de una manera de ser específica, es algo que no funciona en el mundo de hoy y que no sirve para nada.

Puede ser que algunos jóvenes se desesperen y piensen que habría que regresar a cierto patriotismo, a cierto nacionalismo que está en decadencia. Pero estoy convencido de que los más lúcidos están avanzando hacia identidades muy fluidas y fragmentadas; escogiendo entre diversas alternativas. Eso se puede observar en todos los terrenos: desde las diferentes opciones sexuales hasta las diferentes opciones políticas, culturales y de estilos de vida... hay una verdadera pluralidad y esto es algo tremendamente saludable.

Poco a poco, de una manera muy lenta que, por cierto, a mí me exaspera, se ha ido erosionando el modelo autoritario y ese viejo mito del mexicano constituido como una dualidad entre la mujer aplastada y el macho dominante, pero al mismo tiempo sumido en la zozobra, en la melancolía, tristeando eternamente porque no hay manera de desarrollarse; sumido en un sentimentalismo absurdo, enfrentándose, oponiéndose a la racionalidad del mundo moderno... es realmente una imagen que sirvió para mantener el subdesarrollo del país durante decenios.

Sin embargo, creo que la superación de este estereotipo contribuyó a que en el año 2000 el PRI perdiera las elecciones y se diese paso a un periodo de transición democrática, coja y embrionaria si se quiere, pero democracia a fin de cuentas. Ese proceso se va a mantener, pero estamos en una coyuntura en la que no sabemos qué va a pasar este 2012 cuando sean las elecciones.

Pudiera suceder que el PRI, el partido del ajolote, regrese a la Presidencia, lo cual sería totalmente desastroso. No creo que pueda haber una involución al sistema autoritario de antes, pero sí se daría un frenazo a la transición democrática. Y si eso sucede, implicaría que la izquierda ha retrocedido enormemente y le ha dejado el espacio al nacionalismo revolucionario del PRI. Mala señal, porque un sistema político con una izquierda debilitada es algo terrible, lamentable.

–Pero se habla del nuevo PRI...

–No hay un nuevo PRI. Lo novedoso es que al PRI le cortaron la cabeza: el titular de la Presidencia de la República ya no es el jefe de ese partido porque perdieron dos elecciones consecutivas.

En el PRI hay algunas corrientes de tipo tecnocrático moderno más o menos avanzadas, pero son marginales; lo que en realidad predomina es el ajolote.

—Y la transición a la democracia ha sido realmente abortada por el propio PAN, ¿no?

—Bueno, el PAN es un partido de derecha. Tenemos que aceptar que en México la democracia llegó por la derecha, aunque la izquierda la había cocinado y la había hecho fermentar, pero después, desgraciadamente, durante estos últimos 12 años —incluso desde antes— la izquierda se desvió hacia posiciones populistas que son, de hecho, neopriistas.

La derecha en México, como las otras corrientes políticas, está profundamente dividida. Hay un peso muy fuerte del ala conservadora que ha frenado el proceso democrático y que, además, se opone a la despenalización del aborto, a la utilización de células madre para la investigación científica, al matrimonio entre personas del mismo sexo y a tantas otras cosas.

Así que eso es lo que ha ocasionado esta difícil situación que tenemos hoy: la izquierda está en peligro no solamente de quedar en tercer lugar en unas elecciones presidenciales, sino, incluso, de desaparecer del panorama político o de ya no tener un papel tan significativo... que todavía lo tiene a pesar de todo.



Acaba de llegar a las librerías una antología elaborada por Bartra: ***Axolotiada. Vida y mito de un anfibio mexicano*** (coeditada por el Fondo de Cultura Económica, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales).

Esta antología reúne textos escritos desde la visión de la ciencia, la historia, la antropología y la imaginación literaria. Incluye textos de Octavio Paz, Julio Cortázar, Alberto Ruy Sánchez, Christopher Domínguez y Verónica Murguía, por ejemplo, imágenes provenientes del *Códice florentino*, de murales de Diego Rivera y de grafiteros de Nezahualcóyotl; fotografías de Paulina Lavista y videojuegos que retoman al ajolote.

El libro experimenta con tipografías impresas en distintos tipos de papel y está bellamente ilustrado con imágenes de distintos artistas que se han inspirado en este emblemático animal.

—¿Cómo ve usted su propia identidad?

—Pues huyendo del ajolote. Y veo que otros tal vez sigan buscándolo.

Desde que publiqué *La jaula de la melancolía* me propuse escapar de lo que llamé el canon del ajolote: ese estereotipo de la identidad nacional que durante decenios ha mantenido a los mexicanos enjaulados y atados a un régimen autoritario.

—Usted es un hombre de izquierda que ha sido muy crítico de la propia izquierda.

—Yo fui un militante comunista durante un cuarto de siglo y ahí me formé como “un revisionista”, así se decía en esa época; es decir, como un

demócrata dentro de una tradición donde la democracia vivía con incomodidad; sin embargo, esa línea democrática es la que logró que el viejo Partido Comunista desapareciera y se fusionara con otras corrientes de izquierda.

Así que yo crecí en ese caldo de cultivo y de ahí proviene la actitud crítica que mantengo hasta la fecha. En la izquierda aprendimos que los intelectuales de izquierda debemos tener una actitud crítica permanente hacia todos lados, no sólo criticar a la derecha y cerrar los ojos ante las tonterías que hacía la izquierda, como el estalinismo, por ejemplo. Hay que enfilar nuestras críticas a la propia izquierda con el objetivo de que se superen los males.

—Usted fue de los primeros en criticar la corrupción de los revolucionarios sandinistas cuando llegaron al poder en Nicaragua y esa crítica desencadenó una reacción muy violenta en su contra.

—A un reportero catalán amigo mío —Joaquim Ibarz, quien murió en marzo del año pasado— le pedí un reportaje sobre la terrible corrupción de la llamada “piñata” sandinista y, en ese momento, su publicación en *La Jornada Semanal* provocó molestias. Sin embargo, hoy podemos comprobar que Daniel Ortega ganó en Nicaragua con una maquinaria muy parecida a la del PRI y que desde esos años se estaba gestando una especie de alternativa priista que hoy día ya está bien enquistada en Nicaragua.

—La situación en Cuba también sigue siendo un asunto intocable para mucha gente de izquierda.

—Cuando me puse a criticar a Cuba y a Nicaragua en los ochenta y noventa se desencadenaron las iras, encabezadas, en aquella época, por el representante más atrasado de la izquierda mexicana: Pablo González Casanova. Esas críticas me ganaron una bronca terrible en el seno de la revista *Nexos*, espacio en el que fui insultado por González Casanova.

Y actualmente la izquierda sigue atada a ese mito, a la idea de que Cuba es un reflejo del futuro. Pero si ese es el futuro que nos espera, eso quiere decir que vamos por el camino equivocado.

Por fortuna la mayor parte de la gente ya admite que en Cuba ha habido una dictadura que se mantiene hasta hoy. Por supuesto, ningún dirigente importante de la izquierda ha criticado a Cuba de manera pública. Reconocen ese problema, pero sostienen la absurda idea de que no hay que hacer concesiones a la derecha, al imperialismo, y que, por lo tanto, no hay que externar esas críticas de manera pública.

—Ese es el argumento que históricamente ha utilizado la izquierda para anular las críticas por los errores cometidos.

—Efectivamente. Por ejemplo, en México estaba muy mal visto criticar a los zapatistas; aun así, yo los he criticado y creo que hoy ya está más claro el papel que jugó el zapatismo, pero lamento que las actitudes críticas dentro de la izquierda sean mal vistas y queden marginadas.

En los territorios de la izquierda se ha perdido algo que era muy importante: la discusión teórica y el análisis crítico, es algo que tenemos que recuperar.



—Volviendo al tema de la identidad, usted fue de los primeros en hablar no del mexicano sino de los muchos y diversos mexicanos. ¿Qué le diría hoy a esos muchos mexicanos?

—Algo muy importante es que los lectores —yo no me dirijo al pueblo en abstracto, sino a los lectores— asuman que la cultura es algo fundamental y no sólo por la evidente necesidad de leer y de tener una población alfabetizada, sino que se entienda

que una cultura sólida, democrática, es uno de los motores más importantes del desarrollo económico.

Es necesario que los políticos entiendan que no va a haber un salto que nos permita solucionar los problemas de la miseria extrema, avanzar en la igualdad y que la corrupción retroceda, si no se va consolidando una cultura cívica moderna, avanzada y democrática.

Toda mi vida he luchado por eso porque es algo fundamental. Si ha habido cambios políticos importantes –eso que llamamos tradición democrática–, se debe principalmente a los cambios en la cultura, que comenzaron con los jóvenes que descubrieron que eran muchos y distintos, y no querían ser encajonados dentro de la jaula nacionalista revolucionaria.

Estamos en la disyuntiva de escoger entre una vía hacia una cultura civilizatoria más avanzada o mantenernos en esta barbarie ajolótico nacionalista atrasada. Ese es un dilema esencialmente cultural.

–¿Cuáles serían las características de esta cultura civilizatoria?

–En primer lugar –y de ahí se iluminaría al resto–, una cultura cosmopolita que ubique a México en el mundo que estamos viviendo, no encerraranos en una cultura nacionalista y patrioteria.

Sin embargo, me temo que la mayor parte de los dirigentes de los partidos políticos viven sin estar plenamente conscientes del mundo que los rodea; unos porque detestan la globalización y otros porque le tienen miedo a lo extranjero.

En fin, creo que el primer ladrillo, la piedra clave de una nueva cultura, es el cosmopolitismo, una actitud abierta a todas las corrientes y pensamientos que se gestan en el mundo. Eso sería el punto central. A partir de ahí, se desprenden muchos elementos de una cultura de la tolerancia y de la dignidad.

Hace unas semanas afirmé que en México no hay indignados no porque no haya una miseria horrorosa por la cual debamos indignarnos, sino porque no hay una cultura de la dignidad.

En cierta medida esa actitud de indignación sería un abandono del atraso nacionalista para regresar a posiciones que antes se llamaban internacionalistas. No olvidemos que la izquierda se definía básicamente por tener una posición internacionalista, no nacionalista. El nacionalismo tradicionalmente había sido de la derecha –en Europa y en Estados Unidos sigue siendo un pensamiento característico de la derecha–, pero en América Latina se han dado estos menajes de nacionalismo con izquierda, que ha provocado resultados catastróficos.

–¿Y el papel de los jóvenes?

–La gente joven que pertenece a las clases populares es la que está más dispuesta y la que siente, por ejemplo, mayor necesidad de irse a Estados Unidos a trabajar. Allá hay millones de mexicanos. Así que vivimos en una situación transnacional, pero por abajo del agua.

La actitud nacionalista –la que califico como el canon del ajolote– es un resabio enquistado básicamente en ciertos sectores de la clase media alta y de los políticos que tienen mucho poder, pero una parte enorme de la población mexicana vive en una red que incluye a la población mexicana en Estados Unidos y que no odia a los gringos.

No se trata de rechazar las identidades, pero sí de rechazar al estereotipo impulsado por intelectuales y algunos políticos. Uno no puede dejar de ser del país en el que se nace, pero tampoco tiene que estar obsesionado con el nacionalismo y volverlo una ideología.

En la práctica, hay que vivir con fluidez la vida y el mundo que nos ha tocado, pero como mundo, no como el pedacito, la parcela ejidal, que nos repartieron y quedarnos ahí.

Mucha gente joven no lo articula con estos conceptos, pero lo vive así. Por ejemplo, cuando entró el rock a México a nadie se le ocurrió decir que era una intromisión de los imperialismos británico y estadounidense. Simplemente, el rock entró y se volvió de aquí, arraigó, y ya hay una tradición de rock mexicano.

–¿Y en el plano económico cómo podemos entender este proceso?

–Hay que entender que también ahí se acabó la época de las fronteras cerradas y de los esquemas proteccionistas. Tenemos que meternos dentro de la economía mundial y luchar por cambiarla, porque ahí hay mucho por hacer.

Uno de los aspectos más importantes de una actitud cosmopolita es que no sólo se trata de luchar en nuestro país por quién va a ser alcalde, gobernador o presidente de la República, sino que hay poderes transnacionales a los cuales hay que enfrentar y hay que luchar para que asuman sus responsabilidades políticas.

Las empresas transnacionales y los grandes bancos tienen que ser responsables de las consecuencias políticas que provocan y que hasta ahora han tratado de evitar, echándoselas a los gobiernos de cada país. Esta lucha no puede darse solamente en un país, tiene que ser más amplia, traspasar las fronteras y convertirse un movimiento internacional.

Yo diría que los indignados son un pequeño brote para enfrentar a estos poderes transnacionales; posiblemente este movimiento va a desaparecer y, entonces, surgirán otras formas de protesta.

–¿Es usted optimista en cuanto al poder real de los indignados para lograr cambios?

–Soy pesimista en el corto plazo y optimista en el largo plazo. Es un proceso muy lento; yo quisiese que fuese más rápido, pero no lo es y punto. Al final, estas tendencias van a obligar a los sistemas capitalistas a cambiar, a irse adaptando, en parte porque no van a tener más remedio que hacerlo y en parte por la presión social.



Esta charla tiene un corolario, sin lugar a dudas: la convicción *bartriana* de que la ironía, como método de análisis, investigación, reflexión y crítica, debe ser característica de una izquierda y de una cultura cívica avanzada.

Roger Bartra reconoce que el ajolote, esa especie endémica de México, es un animal en peligro de extinción que es necesario proteger desde un punto de vista biológico y que puede vivir en los acuarios.

Así que también espera que el “carácter nacional” del mexicano se conserve sólo como pieza de museo, “como una curiosidad del siglo pasado”. Y que ya dejemos de ser sólo un enorme grupo de ajolotes. ¶



